

SOBRE LA BARBARIE DEL LENGUAJE ESCOLASTICO (*)

Por Monseñor RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Fin de este ensayo.—Lo vetusto de la filosofía escolástica.—El algebrista y el juez.—Opinión de Macaulay.—Juventud de la filosofía moderna.—Ser o estar.—Santo Tomás de Aquino.—Muerte y resurrección.

I

Veinticinco años, los mejores y quizá los únicos útiles de mi vida —ya que en esta zona de vida intensa y perpetuamente mudable el hombre es viejo a los cincuenta—, he consagrado a difundir, como simple trabajador a las órdenes de sabios directores, en el diario y la revista y el libro, en la cátedra y la tribuna, en el púlpito y en las pláticas familiares, las doctrinas de la filosofía católica. Desde mozo empleaba los cortos momentos que me dejaban los deberes sagrados del oficio sacerdotal, los nobilísimos del ministerio de pedagogo, en la investigación reverente de los grandes filósofos de los siglos medioevales, principalmente del que brilla como el sol entre los astros menores. Siento todavía calor de voluntad en el otoño de la vida, y quiero hablar una vez más con mis discípulos, sobre las glorias de mis excelsos maestros, desde estas páginas amigas.

Soy de los que creen en la importancia práctica y utilitaria de la metafísica, y la juzgan de mayor momento para la felicidad temporal de las naciones que la agricultura, la cirugía o la ingeniería de minas; de los que piensan que Europa salió de la barbarie, después de las irrupciones del Norte, gracias a las escuelas de Carlomagno; que

(*) Tomado del número 79 (octubre 1º de 1912) de la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

las Universidades decidieron, en la Edad Media, de la suerte del mundo y prepararon el Renacimiento; que los fundadores de Colombia cumplieron los altos hechos que de ellos nos cuentan las historias, merced a la fuerte educación literaria, filosófica y jurídica que recibieron en los Colegios de San Bartolomé y el Rosario. Y volviendo la medalla, a las metafísicas de Rousseau se debe el pavoroso socialismo contemporáneo; de Hobbes es la máxima impía de que la fuerza prima sobre el derecho, con que se han cohonestado las guerras de conquista; y las codicias de algunas naciones fuertes sobre otras débiles se apoyan en la teoría darwinista, retocada por Spencer, de la supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida.

Hay, en nuestra época, muchas personas, por otra parte doctas e ilustradas, que consideran como venerable antigüalla la filosofía del siglo XIII; precisamente al amparo de los que así piensen acudo, a su simpatía me acojo. ¿No se cuentan los exploradores e intérpretes de los orígenes del castellano entre nuestros más venerados sabios? ¿No han logrado renombre universal los descubridores de la raíz común de las lenguas indoeuropeas, los que partiendo de ellas han reconstruido en parte el idioma ario, el de los hijos de Jafet? Si se respeta a los buscadores de vejees literarias, no sé por qué se mire con desdén a los que husmean los orígenes de la moderna filosofía, y a los discípulos humildes y oscuros de aquellos paleontólogos de la ciencia que, después de la teología sagrada, es reina de todas las demás.

Me adelanto a una objeción que ha podido brotar en la mente del lector. Bueno está, se me puede decir, que Bopp nos enseñe que en sánscrito las desinencias de los verbos son pronombres personales unidos a la raíz verbal (1); pero nadie toleraría —que, hablando castellano, alguien dijese *bhavami*, y *blavati* (2), en lugar de *yo soy*, *tú eres*; laudable que registre don Andrés Bello, como en los catálogos de un cementerio, muchas palabras del *Poema del Gid*, ya muertas para siempre; pero sería insoportable el uso del verbo *far*, por hacer. Cosa semejante acontece con la filosofía del siglo XIII: estudiarla como antecedente merece aplauso; como exponente de la ciencia moderna, eso jamás.

(1) *Système de conjugaison de la langue sanscrite*, citado por Michel Bréal.

(2) En favor de los lectores ajenos a estudios lingüísticos, escribimos las palabras sánscritas y griegas en caracteres latinos.

El reparo proviene de aplicar a una ciencia el criterio de otra diferente. Permítaseme —y puede que esta cita amenice lo árido de estos renglones— copiar lo que dijo un filósofo colombiano, sin pretensiones de tal, que acertó a filosofar jugando y riendo:

“Un catedrático de álgebra y un juez cambiaron sus destinos. El catedrático, cuando le presentaban testigos para comprobar algún delito, decía: Yo no admito esa prueba, demostradme el hecho por medio de una ecuación. El juez, por su parte, cuando sus alumnos trataban de despejar una incógnita, les decía: Todo eso no vale nada; buscad más bien tres testigos contestes” (1).

Macaulay, que no tiene con Santo Tomás vínculos de raza, ni de religión, ni de lengua, ni de opiniones filosóficas y es, por tanto, testigo insospechable de parcialidad, expresa, como no podría yo hacerlo, lo que acabo de insinuar:

Hay ramos del saber acerca de los cuales el progreso es ley del entendimiento. En matemáticas, cuando una proposición se ha demostrado, no se vuelve a discutir sobre ella. Cada historia nueva es base tan sólida a ulteriores construcciones como lo fue el relato primitivo. En estos casos no se puede hacer otra cosa sino aumentar el acervo de la verdad. En las ciencias inductivas, la ley es el progreso. No hay peligro de que en las ciencias meramente demostrativas, o en las puramente experimentales, el mundo retroceda o permanezca estacionario. Nadie ha oído hablar de reacción contra el teorema de Taylor o la doctrina de Harvey sobre la circulación de la sangre. Pero cuando se trata de la teodicea, dejando por ahora a un lado la revelación sobrenatural, no es fácil demostrar que un filósofo de nuestros días se halle en situación más favorable que Tales o Simónides. Tiene la misma evidencia de un designio que presidió la estructura del universo que la que poseyeron los griegos primitivos. Decimos nosotros, en vista de los descubrimientos más recientes del mundo sideral y del atómico, lo mismo que afirma cualquier entendimiento reflexivo al contemplar el cuadrúpedo, el ave, el insecto, el pez, la hoja, la flor, el fruto. El razonamiento con que Sócrates, en los diálogos de Jenofonte, refutó el mezquino ateísmo de Aristodemo es exactamente el mismo de Palley en su *Teología Natural*. Hace Sócrates el mismo empleo de las estatuas de Policeto y las pinturas de Zeuxis que Palley del reloj. En cuanto al raro magno problema, la

(1) Ricardo Carrasquilla.—*Sofismas anticatólicos vistos por microscopio*.

suerte del hombre después de la muerte, no vemos que el europeo más ilustrado tenga mejores datos para resolverlo que los que posee un indio semidesnudo. Ni una sola de las ciencias en que superamos a los indios salvajes nos otorga la mínima luz sobre el destino del alma después de la extinción de la vida animal (1).

Hasta aquí el eminente historiador y crítico.

Por tal razón, la filosofía es la ciencia más tradicional que se conoce. A los discípulos de Santo Tomás se nos apellida retrógrados, porque buscamos nuestra inspiración en un sabio del siglo XIII. Reclamamos más antigua nobleza. En lo teológico el doctor de Aquino viene del genio soberano llamado por Bossuet "padre de los padres, doctor de los doctores, Agustín el incomparable, maestro de la gracia, predicador de la predestinación", y en lo filosófico, del preceptor de Alejandro Magno, del filósofo por antonomasia, del inventor de las *Categorías*, del que definió a Dios *acto puro*, de Aristóteles que, si hubiera sido cristiano, habría talvez aventajado a todos los padres y superado a todos los doctores.

En cambio, si los adversarios de la doctrina que profeso quieren aparecer nuevos y originales, puedo mostrarles que son sus maestros antiguos y rancios como los míos. Broussais y Cabanis reconocen como predecesores a los griegos Aristipo y Demócrito; los evolucionistas darwinistas y spencerianos a Heráclito, con su perpetuo *fieri*; Bentham es discípulo de Epicuro; Descartes, de Platón; Espinosa, de los bramantes, del Indostán; Hegel, de los panteístas alejandrinos. Y si sus timbres son haber pasado de la clámide y la toga a la levita, sin intermedio de hábito monástico y sotana clerical, recuerden que el canónigo Roscelino sentó las bases del positivismo de Comte y de Littré; que hubo frailes contaminados del panteísmo averroísta; que el franciscano Escoto combatió a Santo Tomás; que el religioso de la propia orden Rogerio Bacon se anticipó al método inductivo de su homónimo el canciller Francisco; y que don Juan Valera ha demostrado que el evolucionismo de Haeckel y Darwin tuvo por precursores a los religiosos españoles Fuente de la Peña y Valdecebro (2), de modo, añade Sánchez de Toca, comentando al incrédulo y burlón y castizo académico, que "si la posteridad fuera justa, debiera llamar al sistema valdecebrismo en lugar de darwinismo" (3).

(1) *Ranke's history of the Popes.*

(2) *Disertación y juicios literarios. La filosofía española.* Pág. 231.

(3) *Ensayos sobre religión y política.* Pág. 425.

Al propio tiempo, no hay cosa tan mudable en accidentes como la filosofía. Es ella el estudio de las causas supremas, de los universales principios. Y el entendimiento humano, el menor de todos los que existen, unido a la materia con lazo sustancial, tiene que pasar de lo singular a lo universal, de lo concreto a lo abstracto, de lo sensible a lo inteligente. *Nihil est in intellectu quod prior non fuerit in sensu* (1), dijo Santo Tomás, parafraseando un apotegma de Aristóteles. Los espiritualistas franceses, engañados con los múltiples significados del verbo *sum*, pensaron que Santo Tomás había dicho: "Nada HAY en el entendimiento." Los que hablamos esta asombrosa lengua de Castilla tenemos para expresar la desinencia *est* tres formas distintas: *hay, es, está.* Y nosotros traducimos el aforismo tomista: Nada ESTA en el entendimiento sin que primero haya ESTADO en los sentidos. Con esta simple versión quedan desatados los poderosos argumentos de idealistas y cartesianos.

Este andar de la mente que va a la inmóvil verdad por la vía de la movible experiencia, hace que la filosofía, siempre una en la solución fundamental de los problemas, mude y progrese; tenga rosadas auroras y tristes ocasos, momentáneos eclipses y resplandores de sol en el cenit del firmamento. Uno de estos momentos de brillo deslumbrante fue el de la aparición de Santo Tomás de Aquino. Es en lo dogmático hijo de la Iglesia; sigue, en la ciencia teológica, las huellas de los padres; en filosofía es discípulo de Aristóteles, pero él... "No pretendo, dice Lacordaire, deciros quién fue aquel hombre y lo que son sus obras. Tanto valdría daros idea de las pirámides de Egipto indicando su altura y la medida de la base. Dejad inútiles esfuerzos; pasad los mares, poned el pie en las comarcas donde han dejado su huella todos los conquistadores, adelantaos por las desiertas arenas y mirad aquello grande, sublimemente sencillito... Esas son las pirámides!" (2).

Cuando la filosofía tomística murió rendida bajo su inmensa pesadumbre, pusiéronla en el sepulcro que cavaron para ella escolásticos decadentes de edades posteriores; cerró la tumba y la losa fría y pesada del filosofismo francés, y la selló la ignorante erudición adquirida en periódicos, revistas y diccionarios. León XIII clamó

(1) En favor de los lectores menos versados en prosodia latina, marcamos el acento en las palabras de esa lengua.

(2) Discurso con motivo de la traslación a Tolosa de la cabeza de Santo Tomás de Aquino,

ante el monumento: ¡*Véni fóras!* y la sabiduría medioeval se alzó del polvo, vistió las galas de la moderna cultura y se aprestó a enseñorearse de sus antiguos dominios. No era fácil empresa. Las soberanas reinantes, apoyadas en prescripción secular, ufanas con los claros nombres de Bacon, Descartes y Pascal, Gioberti y Rosmini, Leibnitz y Hegel se defendieron con desnudo y bizarría. Y se formularon contra la rediviva pretendiente toda clase de cargos y tachas. Se la calificó de anticuada, y ella se ostentó más fresca y lozana que las hermanas menores que la habían destronado; la motejaron de opuesta a los portentosos descubrimientos novísimos, y resultó que las amplias vestiduras de la *escuela* mejor cuadraban a las opulentas formas de las ciencias modernas que al endeble cuerpecillo de la física recién nacida de pretéritas edades. Pasteur, Thompson, Rutheford, Curie, *vieron* en el microscopio las tesis cosmológicas de Santo Tomás; el átomo se mostró divisible, idénticos sus componentes en todos los cuerpos; la corrupción apareció fermento, y el fermento se debe a nuevos organismos: *corruptio unius, generatio alterius*; todo viviente procede de otro de su misma especie, el movimiento es causa del calor; la energía es principio de la actividad de la materia. El cálculo infinitesimal dio razón a la teoría de lo infinito en potencia, y la sabia filología comparada a la tesis tomista sobre el origen del lenguaje.

II

La barbarie escolástica.—La jerga tomista.—Verdad y belleza.—La escolástica en la literatura.—Dante.—Fray Luis de Granada.—Barbarie, neologismo y neología.

Otro defecto se atribuyó a la filosofía de que soy humilde discípulo: lo bárbaro de su terminología. La *barbarie escolástica* ha venido a ser frase hecha en boca y pluma de humanistas y literatos, y no ha faltado escritor católico que califique de *jerga* la fraseología de Santo Tomás, como si se tratara de la germanía que usan los gitanos, o del *papiamento* de la isla de Curazao.

Ese lunar es desdorado a los ojos de los cultivadores de las letras y aun a los de simples aficionados a ellas, y encierra grave cargo contra el fondo mismo de la doctrina. “La primera condición para el adelanto de una ciencia, dice el sabio Berthelot (1), es un len-

(1) *Comptes-rendus de l'Accad. des sciences*. Sesión de 28 de mayo de 1877.

guaje hecho.” La palabra es inseparable del pensamiento; a ideas claras, precisas, elegantes, han de corresponder frases transparentes, exactas, armoniosas. Platón, con todo su ingenio sublime, no habría sido apellidado divino, si su lengua, al decir de Marco Tulio, no hubiera sido el idioma de los dioses. Verdad y belleza son dos rayos del foco de luz indeficiente, y a concepto del fundador de la Academia, lo bello es esplendor de lo verdadero; así que una forma oscura y bárbara nace de incultos e informes raciocinios.

Hay un hecho que demuestra no estar reñidos la Escolástica y su lenguaje con la belleza literaria, y es la existencia de un poema toscano del siglo xiv, en que se expone toda la metafísica de la *Summa*. El autor se llama Dante Alighieri, y el poema la *Divina Comedia*.

El Dante, vate e intérprete espontáneo de la civilización cristiana, el altísimo poeta, desesperación de los eruditos, maestro de los sabios, delicia de los artistas, el teólogo de la poesía, abarca en su inmenso canto, tan diferente del de Homero como es diverso el cristianismo de la religión helénica, todo lo que existe y lo que es, sin dejarse limitar ni por el espacio ni por el tiempo, y lo recorre, no como el hombre que va pisando el polvo de la tierra, sino como el águila que vuela de cumbre en cumbre, las de las causas supremas de las cosas. Contempla el ente en su universalísimo concepto, lo distingue en el que puede ser tal cosa y no lo es, y en el que tiene realidad fuera de la mente: potencia y acto, como dicen los filósofos: reconoce 3 actos: la esencia, necesaria, inmutable en el intelecto divino; el existir mudable y contingente, la propiedad que completa la existencia. De la idea de lo limitado asciende a la de lo infinito, y el infinito actual es Dios, cuya naturaleza es ser en sí mismo y por sí propio, y cuyos atributos, virtualmente distintos, se identifican en la realidad. El mundo, creado por sabiduría y amor, consta de la indiferente y pasiva materia y de la forma activa y determinadora; y en la cumbre de las energías se halla el alma del hombre, espiritual, inteligente y libre. Y todo ello en los mágicos tercetos que nadie ha igualado todavía, y engastando los términos del peripato en los versos cincelados como diamantes en imperial corona.

Como muestra de doctrinas y términos escolásticos en la *Divina Comedia*, basten los pasajes siguientes, extractados de entre miles:

Sobre la distinción entre la *materia* y la *forma* de los cuerpos:

Ogni forma sustanzial, che setta
E da materia, ed è con ley unita,
Specifica virtude ha in se coletta;
La qual senza operar non è sentita
Nè si dimostra mà che per effetto
Come per verde fronde in pianta vita.

(Purgat. xviii)

La *materia* es anterior a la *forma* en el orden ideológico; en el de tiempo, son simultáneas, y con ellas la sustancia en acto:

Forma e materia congiunte e purette,
Usciro ad esser che non avea fallo,
Come d'arco tricolore tre sactte.

(Parad. xxix)

De meros *átomos* más o menos separados no pueden dimanar diversas *virtudes*, pero sí de las diferentes formas *sustanciales*:

Se raro o denso ciò facesser tanto,
Una sola virtù sarebbe in tutti,
Più o men distributa ed altrettanto
Virtù diverse esser convengon frutti,
Di principi formali, e quci, fuor ch'uno,
Seguiterieno a tua ragion, distrutti.

(Parad. ii)

El entendimiento percibe mediante los sentidos:

Così parlar conviensi al vostro ingegno,
Però che solo da sensato apprende
Cio che fa poscia d'intelleto degno.

(Parad. iv)

Todos los seres creados son copias de las ideas o arquetipos del divino entendimiento:

Cio che non muore, e cio che puo morire,
Non e se non splendor di quella Idea
Che partorisce, amando, il nostro Sire.

El conocimiento reflejo es la gran prueba de la espiritualidad del alma, que es a un tiempo intelectual, sensitiva y vegetativa:

Che cio che trova attivo quivi, tira
In sua sustanzia, e fassi un'alma sola,
Che vive e sente e se in se rigira.

(Purg. xxv)

Al morir el hombre, el alma conserva las potencias espirituales, y sólo persisten en ella las sensitivas de un modo virtual:

E quando Lachesis non a piu lino,
Solvesi dalla carne, ed in virtute
Ne porta seco e l'humano e il divino:
Le altre potenze tutte quante mute;
Memoria, intelligenza e voluntade,
In atto molto più che prima acute.

(Purg. xxv)

Tratándose de la fe, debe contentarse la razón con los motivos de credibilidad, sin querer penetrar la esencia de los misterios. Obsérvese en el pasaje que sigue la conjunción latina *quia* sustantivada, que es escolástica pura:

State contenti, umana gente, al *quia*;
Che, se potuto aveste veder tutto,
Mestier non era partorir Maria.

(Purg. iii)

Lo que digo del épico florentino, puede afirmarse, aunque en menor grado, de los líricos y aun de los dramáticos españoles del siglo de oro (1); y mejor todavía de los ascéticos y místicos, cuyas obras son el florón más preciado de las letras castellanas y el título mejor que poseen ellas a la envidia de las demás literaturas. A uno de ellos, a Fray Luis de Granada, le otorgó la Providencia todos los dones que suele repartir entre muchos ingenios superiores: talentos sublimes, ciencia portentosa, la claridad de la expresión, la más alta elocuencia, la suprema elegancia del estilo y la cláusula musical y rotunda, que recuerda la de Cicerón, y la emula, y la supera quizá. Léase el principio del capítulo primero de la *Guía de pecadores*, en que pinta Fray Luis, en lengua inimitable, la naturaleza y los atributos divinos; véanse después las primeras cuestiones de la *Summa Theologica*, y se advertirá la identidad de asunto, de doctrina, de método, de términos entre los dos egregios dominicanos, el maestro y el discípulo. Difieren en que el primero envuelve sus enseñanzas en el grave manto del estilo didáctico, y el segundo en la vestidura de púrpura, bordada de oro y recamada de pedrería de su prosa sin rival.

Los griegos y romanos llamaron bárbaros a los pueblos extranjeros y a los idiomas extraños. Dentro del griego y el latín, se califi-

(1) Puede verse el libro titulado *Los autos sacramentales*, por Jaime Mariscal de Gante.—Madrid, 1911.

caban de bárbaras las locuciones malamente tomadas de ajenas lenguas, o las nativas estropeadas en la forma o el significado por las gentes advenedizas. Supone la barbarie idiomática dos cosas: formación defectuosa y origen extranjero. El arcaísmo, la palabra o frase antigua caída en desuso, no puede jamás calificarse de bárbara. Las que merecen este dictado se hallan entre los neologismos. Numéranse entre ellos el empleo de voces y giros tomados de otras hablas, cuando la propia tiene vocablo y construcción castizos para expresar la misma idea. Servirán como ejemplo en castellano, de barbarismo lexicográfico, *debutar, soirée, toilette, lunch, champion*; del sintáxico, o solecismo, oraciones como ésta: Fue ayer *que* salió el decreto *nombrándome* secretario, como yo se *los* había anunciado; del fonético, como *hipodromo, resedá, torticolis*. Bárbaras son también las palabras tomadas de las lenguas antiguas, pero contra las leyes de la derivación. Cita, entre las técnicas, don Pedro Felipe Monlau, a *bibliófilo*, que significa *amado de los libros*; *hectómetro*, que quiere decir *seis medidas*; *fotografía*, que viene a ser *descripción de la luz*. ¡Qué habría dicho el sabio médico y filólogo de *sociología, automóvil y aeroplano!*

El neologismo, para expresar nuevos objetos e ideas nuevas por derivación y composición correcta de vocablos, no es barbarie, sino riqueza del idioma, sangre joven que le renueva el gastado organismo, condición de vida y adelanto.

Ensayaré probar que los términos escolásticos son sabia neología, nacidos de irreprochable fuente clásica, cuyo significado se mudó, unas veces por aumento, otras por restricción de significado; no pocas veces por elegantes tropos. Las voces rigurosamente nuevas son de raíz latina, construidas conforme a la leyes idiomáticas. Lo que no obsta para que los idólatras del progreso tachen a los filósofos de la Edad Media la introducción de voces correctas para expresar conceptos antes desconocidos.

Ya indiqué cómo andan los términos escolásticos en las páginas de modernos poetas, oradores y literatos. Añadiré que además han venido a ser términos usuales, unas veces en su significado primitivo, otras modificado el sentido por medio de figuras. Me fijaré de preferencia en la lengua castellana.

III

La dialéctica tomista.—Orígenes griegos.—Opinión de Kant.—Ideas. Platón y Hegel.—Juicios y proposiciones.—Raciocinio.—Silogismo. Categorías y categoremáticas.—Predicamentos y predicables.—Género y especie.—Diferencia.—Propio.—Accidentes.—Sofistas.—Falacias.

Los vocablos de la dialéctica escolástica no son exclusivamente suyos. Es esta ciencia la rama de la filosofía menos susceptible de adelanto. De la lógica dijo Kant que “posee el carácter de ciencia exacta desde hace largo tiempo, puesto que no ha tenido que retroceder un paso desde Aristóteles hasta hoy; y lo más notable es que nació completamente acabada y perfecta” (1). Así es que los filósofos de la Edad Media tomaron la fraseología de los dialécticos griegos y latinos: sus términos son muy anteriores a las irrupciones de los bárbaros.

Platón heredó de Sócrates, su maestro, la creencia en un Dios único, espiritual e inteligente, y con la visión del genio, entrevió el *Logos*, la Palabra Divina, el *Verbo* que nos revela el Evangelio de San Juan. Viven eternos en el intelecto increado los modelos de todo cuanto existe, ejemplares que, mediante el *Logos*, pasan al orden real y en él subsisten (2). A dichos arquetipos los llamó el gran filósofo *ideas*, como quien dice *visiones (eidéa, del verbo eido, ver)*, porque la percepción intelectual se asemeja a la sensible (3). Las cosas, reflejo de los conceptos de la inteligencia soberana, a su turno se retratan en la mente del hombre, y a estas imágenes meras representaciones intelectuales de las cosas, también se las llama *ideas*. Para Hegel, la *idea* es *todo*, que evoluciona en los tres períodos de su famosa *trinidad*, para tornar a refundirse en sí mismos.

Muchos y varios son los sentidos, en latín y en castellano, de la palabra juicio (*judicium, de jus, derecho*); significó primero el conocimiento de la causa por el juez (4), y también la sentencia que éste pronuncia (5); y pasó a luego designar, en latín clásico, el acto

(1) *Critique de la raison pure*. Trad. de Tissot, cap. 1, pág. 2.

(2) Séneca. *Epist.* 58.

(3) Significa también *apariciencia* (lo que uno ve), *forma* (visible), *ejemplar* o *modelo* (porque el hombre tiende a imitar lo que ve). Cicerón. *De Univ.*, c. 2. *In Top.* c. 7.

(4) Cicerón. *Pro Caecin.* c. 2.

(5) Cicerón. *Pro Flacc.* c. 36.

del entendimiento que afirma la conveniencia o discrepancia de dos ideas (1). Se considera al entendimiento como un juez, y su afirmación como sentencia. Por eso se llama *sentencia* una proposición categórica, expresión de un juicio no sujeto a duda en el ánimo del que la profiere.

Proposición (del latín *propositionem*, *pro-positio*) significa primariamente *poner por delante, sacar*. Se tomó, desde tiempo de Cicerón, por el acto de proponer, exponer, exhibir (2); en las oraciones, es el anuncio de lo que va a decirse (3); en la argumentación oratoria era la primera parte, el antecedente del silogismo (4). Quintiliano la emplea por afirmación o negación, y en sentido análogo la recibieron los escolásticos, para indicar la expresión del juicio por medio de palabras. De la Escolástica aceptaron el vocablo los gramáticos modernos, para indicar lo que los antiguos llamaban *oración* (de *os-oris*, boca).

Del propio modo que de las ideas se forma el juicio, de la comparación de juicios resulta el *raciocinio* (latín *ratiocinium*). Viene la palabra de *razón* (*rátio*) mediante el verbo *ratiocinári*, usado por Cicerón (5). El vocablo *raciocinio* ya aparece en Columela (6), por *cálculo*, la acción de contar. Se usó también en el sentido de *discurrir*, o pasar de la verdad conocida a la ignota (7). La forma sinónima *ratiocinatio* es purísimo latín (8).

La expresión verbal del raciocinio se nombra *silogismo*, griego intachable, que pasó al latín y de allí al castellano. Se compone de la preposición *syn*, que significa *con*, y de *logos*, *razón*. La palabra *sylogismus* está usada por Quintiliano (9), lo mismo que el derivado *sylogisticus* (10).

Helénicos son también *categoría* y *categorema*, adoptados por la filosofía romana. Vienen de la preposición *kata*, *en, sobre*, y el verbo

- (1) Cicerón. I. *Tuscul.* c. 1.
- (2) *Tuscul.* 3, c. 18.
- (3) Cicer. *De orat.* 3, cap. 53.
- (4) Cicer. I. *De invent.* c. 37.
- (5) *Tuscul.* I. c. 2.
- (6) Lib. 5, cap. 1.
- (7) *Ibid.* cap. 2.
- (8) Cicerón. 2. *De Invent.* c. 5.
- (9) Libro 7, c. 8.
- (10) Lib. 5, c. 10.

ficticio *agoréin*, hablar (*de ágora*), plaza o sitio público (*ageréin*, reunir, agrupar) (1).

En vez de *categoría* y *categorema*, usaron los filósofos escolásticos las voces *predicamento* y *predicable*, muy bien formadas del verbo *praedicare*, clásico puro (2). La palabra *praedicabilis* se halla en Cicerón (3), por cosa digna de alabanza; y *praedica-méntum* se construyó como *aug-méntum*, de *aug-ére*; *argu-méntum*, de *argü-ere*.

De las categorías hablaré adelante; los categoremas, o predicables, son cinco: *género, especie, diferencia, propio* y *accidente*.

De la raíz *gen*, que significa *origen* con la terminación *us*, que sirve para formar ciertos apelativos neutros (4), vino *génus*, por *raza, estirpe*. Como cada linaje forma un grupo distinto, pasó *génus* a nombrar, en filosofía, una agrupación de cosas o personas. En el idioma tomista, pertenecen a un mismo género varios seres que coinciden en algunos de sus atributos esenciales; v. gr., el hombre y el bruto pertenecen al género *animal*. En ciencias naturales, el género es la reunión de especies semejantes; en gramática, el sexo real o ficticio del ser indicado por el nombre; en retórica, los grupos a que se reducen las composiciones literarias. En nuestro derecho civil se llama género la especie y así se define el mutuo: "Contrato en que una de las partes entrega a otra cierta cantidad de cosas fungibles, con cargo de restituir otras tantas del mismo género y calidad" (5).

Especie viene de *spécies*, de la raíz *spic, ver*, mediante el verbo *spicere* (*adspicere*), *mirar*. De la propia raíz nacen espejo (*spéc-ulum*), espectro (*spéc-trum*), espectáculo (*spec-taculum*), mudada la *i* en *e*. Hay dos vistas o percepciones: la corpórea y la espiritual. Los atributos de un ser, objetos del sentido de la vista, y por extensión de los demás sentidos, se llaman *especies*; y así damos ese nombre al color, olor y sabor de la sagrada eucaristía. *Especies sensibles* son las que forma la imaginación, e *inteligibles* las del entendimiento *activo*. Como las representaciones del intelecto son universales, *especie* ha venido a significar un grupo de seres que coinciden en todos sus atributos esenciales: *el hombre, el caballo*, a diferencia de *un hombre, un caballo*. En historia natural, pertenecen a una especie los vivien-

- (1) Littré. *Dictionnaire*.
- (2) Cicerón. 5. *Verr.* c. 16.
- (3) 5. *Tuscul.* c. 17.
- (4) Bopp. *Grammaire*.
- (5) Cód. Civ., art. 2221.

tes que se reproducen entre sí indefinidamente. (Quatrefages). Esta noción coincide en el fondo con la escolástica. En derecho civil, se llama *especie al individuo*, y *restituir en especie* es entregar la cosa misma que se había recibido. En el lenguaje vulgar, especie se toma por *caso, suceso, asunto, negocio* (lo que se sabe, lo que se ha visto). *Escapársele a uno una especie*, es decir, por inadvertencia lo que debía callarse; y *soltar una especie*, afirmar algo para sondear el parecer de los demás. El sustantivo *especies*, por producto vegetal para sazonar la comida, no es sino una variante de *especie*, por *género*, por que las *especies* forman un grupo de plantas, que tienen de común el ser aromáticas y servir al condimento de los guisados.

La palabra *species*, por grupo homogéneo, está en Cicerón (1); por *aspecto* de una cosa, en Virgilio (2); en Ovidio, por *conducta exterior, porte* (3); en Tito Livio, por *apariencia* (4); en Salustio, por *pretexto* (5); en Macrobio, por *especies* (6).

De la raíz *fer*, que significa la acción de *llevar*, y la terminación *re*, por *se*, viene el infinitivo *ferre*, del verbo *fer-o* (igual significado). Con el prefijo *dis*, convertido en *dif*, por atracción, forma *differo*, llevar una cosa a otro lugar, a otro grupo, y con el sufijo *entia* (de *esse*, ser), indica lo que separa, dentro de un género, una especie de otra. "Es menester, dice Cervantes, hacer *diferencia* de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero." En lógica escolástica, *diferencia* es el atributo esencial en que no convienen dos seres de distinta especie, y el que coloca a cada uno en la suya. Lo *racional* es la *diferencia* del hombre respecto de los demás animales. Por eso son *diferentes* los seres que no convienen en especie. En lo vulgar, se llama *diferencia* lo que distingue los seres dentro de una misma especie. "La diferencia entre el prudente y el necio está en que el primero piensa todo lo que dice, y el segundo dice todo lo que piensa." También se llama *diferencia* el opuesto modo de juzgar entre dos personas, y las luchas que de allí resultan. En matemáticas, es el exceso o defecto de una cantidad respecto de otras y, en sentido restricto, el resultado de la resta. La palabra *differéntia* es ciceroniana (7).

- (1) I. De Orat. c. 42.
- (2) 2. A. Eneid. v. 407.
- (3) 5. Fast. v. 353.
- (4) L. 40, c. 12.
- (5) In lug. c. 31.
- (6) L. 7. Saturn. c. 8.
- (7) 5. De Fin. c. 7.

Propio (latín *proprius*, afín de *prope*) quiere decir lo que se acerca, lo que toca, y contiene, según Bopp (1), el sufijo sánscrito *pa=pe* en latín (que se halla también en *nempe, quippe, saepe*), e indica lo que es de una persona con exclusión de las demás. Por extensión, y sustantivando el vocablo, significa el atributo, que no pertenece a la esencia, pero dimana inmediatamente de ella. Es *propio* del hombre buscar en lo infinito la satisfacción de las necesidades de su alma; el lenguaje ideológico es *propio* del hombre. Usase en contraposición a *extraño, postizo*. Se ha llamado *propio* al mensajero que lleva una carta o recado.

En el sentido primario, todos recordamos la fábula de Fedro que aprendimos de memoria el primer año de latinidad: *Amittit mérito proprium...* (2). Como se entiende en la Escuela se halla la palabra en este pasaje de Cicerón: *Varietas proprium est fortunae* (3). Significa también en latín clásico lo invariable, lo eterno (4), Apenas será preciso indicar que la palabra *propio* se halla en todo escritor castellano.

Sobre *accidente* trataré en el capítulo que sigue.

Al argumento falso lo llaman los modernos *sofisma*. *Sophisma* en griego quiere decir *sabio pensamiento*, y *sofistas* fueron apellidados los siete sabios de Grecia. En tiempo de Sócrates usurparon para sí el nombre de *sofistas* los afiliados a una escuela pedante, mitad filosófica, mitad retórica, que hizo de la filosofía un simple ejercicio de ingenio al servicio de la vanidad y el lucro, y *sofisma* pasó a significar un discurso sin meollo, una argumentación al aire. La palabra vino a Roma y de ella hablan los clásicos sin darla por buena. *Sophismada*, dice Cicerón, *appellant FALLACES conclusiones* (5). Aulo Gelio protesta contra semejante vocablo por exótico e inútil (6). Prefiere la voz latina *cavillatio*, usada por Marco Tulio.

Los escolásticos adoptaron la palabra *falacia* (latín clásico *fallacia*). De la raíz sánscrita *sphal*, *vacilar*, vienen el griego *spháleo*, *faltar*, y el latín *fallere* de igual significado. De este último nació

- (1) Gram. § 992. Nota 2.
- (2) L. 1, fab. 4.
- (3) Citado por Salvá.—*Dicc. lat.*
- (4) Plauto, *Maslel*, 1, 3, 67.
- (5) 4. Acad. c. 24.
- (6) L. 18, c. 13.

falacia, engaño. La traslación de sentido para significar un falso argumento queda justificada con la definición que da Cicerón de sofisma: conclusión *falaz*.

IV

Metafísica tomista.—Esencia.—Vicisitudes del vocablo.—Del claustro al tocador.—Existencia.—Potencia y posible.—Actos y autos.—Lo finito.—La mona y la urraca.—Cantidad.—Calidad y cualidades. Relaciones.—Al través del tiempo y el espacio.—Sitios y sitios. Miedo a los hábitos.—Hábitos malos.—Du froc au frac.—Iriarte escolástico.—Lapidación de Santo Tomás.—La unidad.—Hecho un ente.

Dos o más escuelas filosóficas rivales pueden usar idéntica dialéctica, como dos ejércitos enemigos se combaten con armas iguales. Al llegar a los problemas metafísicos, cada pensador encuentra soluciones diferentes y ha menester términos y frases peculiares. Prueba al canto son *El Yo* de Descartes, el *Nóumeno* y el *Fenómeno* de Kant, el *No Yo* de Fichte, el *Absoluto* de Schelling, la *Idea* de Hegel, las *Mónadas* de Leibnitz, la *Evolución* de Darwin, el *Altruismo* de Spencer.

Aun las ciencias filosóficas mismas mudan de nombre, según los principios que en ellas se enseñen, los límites que se les otorguen, el criterio y método con que procedan. Así, Wolf, con feliz y muy bien formada dicción, ha llamado *ontología*, lo que Aristóteles conoció por *metafísica* y el de Aquino por *filosofía prima*; *cosmología* es hoy la *física* del maestro de Estagira; Descartes, que pone la esencia del hombre en el alma sola, nombra *psicología* lo que *antropología* los escolásticos; y ahora muchos aplican el último término mencionado al estudio anatómico y fisiológico del compuesto humano. El gran Leibnitz, que investigó a Dios como providencia y gobierno, usó *teodicea* por *teología natural*; los que sondean el problema de la vida con criterio experimental y empírico han creado la palabra *biología*. Todos los citados son vocablos nuevos, pero no bárbaros, sino muy bien derivados y compuestos. No diré lo propio de *sociología*, barbarismo de tomo y lomo, medio griego, medio latino ¡*monstrum horrendum!* Lo que pretenden expresar con tan atroz combinación de sílabas estaba tratado hasta la saciedad por los filósofos católicos, desde San Agustín hasta León XIII. Para Santo Tomás es mera parte de la ética, y se llama *política*, de *polis*, ciudad, nación.

Procuraré demostrar, unas veces la limpieza de sangre, siempre el nacimiento legítimo de los términos de la metafísica tomista.

La palabra *esencia* (*esséntia*, de *esse*, ser) es de preclaro abolen-go: salió del palacio de Nerón en una epístola de Séneca (1), y la menciona Quintiliano, calificándola de dura; aunque castiza y bien formada (2). Pasó a las lenguas modernas y entró sin esfuerzo en el caudal idiomático. Tomándola en su acepción rigurosamente filosófica, dijo Fray Luis de León:

...No hubiera peso
Que impidiera llegar a la presencia
De la divina e inefable *esencia* (3).

De allí, por cuanto la esencia es el acto primero del ser, pasó a significar lo principal, lo más importante de una cosa. "Luego sí es de *esencia*, dice Cervantes, que todo caballero andante haya de ser enamorado..." (4). Y como en las plantas medicinales lo más preciado es el aceite que de ellas se extrae, se le apellida esencia; y *quinta esencia* se llaman los espíritus que se obtienen químicamente de vegetales olorosos por medio de la destilación. Así la palabra *esencia* vino de Roma pagana, vivió recogida en las polvorientas bibliotecas de los monasterios medioevales, y anda por los tocadores de las damas elegantes de nuestros días.

Su compañera *existencia* no se meció en cuna de oro y marfil; nació en los siglos medios, pero de padres legítimos y honrados. Viene de *existere* (*ex-sistere* (5), derivado de *stare*, estar, en pie), como *sciéntia* de *scire*, *intelligentia* de *intelligere* (6). El sentido literal y propio del verbo existir en latín es el de *salir de*, *aparecer*, *levantarse sobre* (7). Baste recordar la frase de Tito Livio: *Si existat hodie ab inferis Lycúrgus*: Si Licurgo se levantara hoy del sepulcro. Por metáfora pasó a significar una cosa que *es*, en el orden real y fuera de la idea. Esta traslación de sentido prueba que los latinos aceptaban como verdad obvia e inconcusa los dos axiomas aristotéli-

(1) *Epíst.* 58.

(2) *Inst.* 3.

(3) Del conocimiento de sí mismo. Canción.

(4) *Quijote*. 1, 13.

(5) Para comodidad de los lectores, marcamos la tilde a las palabras latinas, con el fin de indicar la recta acentuación.

(6) Littré.

(7) Forcellini. Freund.

cos de que todo lo que principia tiene causa, y que todo lo que se mueve es movido por otro. El significado metafórico de los latinos pasó a ser el literal de la Escolástica, y así se conserva en los idiomas modernos. *Existencia* es vocablo del lenguaje familiar, y del científico y del literario, de la vil prosa y de la más encumbrada poesía.

Tócales el turno a las voces *potencia* y *acto*. La primera (*potentia*, de *pot-ens*) es familiar a los mayores clásicos del siglo de Augusto, en el significado del sustantivo castellano *poder*. De éste a la obra media una distancia que nadie ignora. Los filósofos de la Escuela advirtieron que para realizar un movimiento no basta la capacidad en el que lo imprime sino que se requiere en el que lo recibe. Extendieron el sentido de potencia a toda facultad de hacer o recibir, y la dividieron en activa y pasiva. Siguiendo a Aristóteles, negaron que haya en Dios potencia alguna; y sin embargo, por falta de otro vocablo, nombraron *potentia* a la eficacia de la voluntad divina. Nuestra lengua sustantivó el infinitivo *poder* para designar el de Dios, el de las facultades espirituales del hombre y el de las cosas personificadas: el poder del monarca, el del talento; y llama promiscuamente *potencia* y *poder* el de los agentes corpóreos, de una máquina, verbigracia. Sin embargo, hablamos de la *omnipotencia* del Creador, y se llama *impotencia* la falta de poder (1).

Afin por la raíz y el significado de la palabra que acabo de estudiar es el adjetivo *posible* (del verbo *posse*, poder). Con la raíz *pot* (convertida por atracción la *t* en *s*), y la terminación castiza *se*, en vez de *re*; con el conservar el verbo *sum* íntegro en toda la conjugación, viene a ser uno de los verbos latinos que mejor guarda las tradiciones de raza. *Possibilis*, formado como *amabilis*, *credibilis* (clásicos), ya está usado por Quintiliano. En castellano apenas habrá autor que no lo haya empleado muchas veces.

Actus, sustantivo latino, es distinto del participio pasivo del verbo *ago*, aunque de él se deriva. El primer significado de *actus* fue el de sendero al través de un campo, para que transiten los carros y los animales. (De *ágere*, por conducir por delante un rebaño: *arrear*, que se dice en castellano). En virtud de no siempre explicables traslaciones de sentido, la voz *acto* vino a tenerlos muchos y variados, entre las cuales figura el de acción, operación. En todos se

(1) Cervantes no sólo usa *potencia* en su significado escolástico, sino que trae la frase *potencia propinqua*, que es peripato puro: "Está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores." (*Quijote*, 1, 15).

advierde la idea de movimiento, es decir, de tránsito de lo que puede ser a lo que es. Por un último tropo, los escolásticos llamaron *acto*, en contraposición a *potencia*, el ente no sólo capaz de un atributo, sino ya dueño de él.

En las acepciones de operación de las divisiones de una pieza dramática y de los diferentes instrumentos de un proceso, *acto* es palabra de la lengua castellana. El vulgo en Colombia, dice *auto*: en el auto voy, guardando una forma arcaica, venida de la península española y que se conserva en el lenguaje forense: los autos de un juicio, aparece de autos. Se llamó también así la sentencia del juez, y *autos de fe* eran los de los inquisidores. El propio nombre recibían en el siglo xvii, ciertas comedias breves; y *autos sacramentales* se llamaban los relativos a la eucaristía, en los cuales alcanzaron Tirso de Molina, Lope y Calderón algunas de sus más preciadas coronas. Finalmente, *auto en favor* y *estar en autos* son frases que usamos diariamente aun los legos en la noble ciencia del derecho.

Para agotar la materia, apuntaré que el vocablo *finito* (latín *finitus*, participio pasivo de *finire*, derivado de *finis*, fin) designa entre los clásicos lo que tiene *término*, *límite*, lo *circunscrito*, y también lo *acabado*, lo perfecto en la ejecución (1). *Infinitus* en boca de los mismos autores, indica los atributos opuestos.

Fatigado estará ya el lector, si es que le he hallado por fortuna, con el anterior tejido de especies heterogéneas, y se habrá acordado de la fábula de la urraca y la mona, que todos aprendimos cuando niños:

Fue sacando
Doña Urraca
Una liga
Colorada,
Un tontillo
De casaca,
Una hebilla,
Dos medallas,
La contera
De una espada,
Tres clavijas
De guitarra
Y otras muchas
Zarandajas.

(1) Ovid. 3 *Trist*, eleg. 2—Horacio, 1, 1, ord. 19.—Cicerón, 2, *Donat. deorum*, c. 59, etc.

Con el grotesco inventario de la urraca figura del contenido de este esbozo, contrasta la lista de los tesoros de la mona, todo fresco, todo útil, a semejanza de los escritos de un Miguel Antonio Caro o un Rufino José Cuervo.

Mas yo nueces,
Avellanas,
Dulces, carne
Y otras cuantas
Provisiones
Necesarias.

Y concluye el autor con esta moraleja:

¿Y esta mona
Redomada
Habló sólo
Con la urraca?
Me parece
Que más habla
A escritores
Que hacen gala
De confusa
Miscelánea
Y farrago
Sin sustancia.

Aquí está la palabra *substantia* de (*sub-stare*, lo que se halla como escondido bajo *apariencias* y *fenómenos*, dice Kant, bajo los *accidentes*, dicen los tomistas) empleada, no ya por filósofos e historiadores antiguos, en estilo elevado, sino por un autor del siglo XVIII; no por el grave y católico Jovellanos, sino por el volteriano fabulista don Tomás de Iriarte.

Toma el vocablo para significar lo que tiene importancia y utilidad, por ser la *substantia* lo principal de un ser y el sujeto en que residen los accidentes. En el tesoro de las letras latinas, esta voz *substantia* no era denario de oro con la efigie y leyenda de César Augusto, pero sí dracma de fina plata acuñada por Séneca y puesta en circulación en el reinado de los Antoninos. Es de observar cómo las costumbres sociales se reflejan en el idioma. Cuando los romanos del imperio trocaron la ambición de gloria que había movido a sus padres, los romanos de la república, por la codicia de riquezas, signo de inevitable decadencia, llamaron *substantia* a los caudales. Y descendieron más. Siquiera el dinero, aunque elemento vil y corpóreo, sirve para adquirir bienes del espíritu; los goces de la gula no hala-

gan sino a la parte animal del ser humano. Y los comensales de Luculo y los invitados a los festines de Heliogábalo apellidaron sustancia a la comida. Olvidado el sentido etimológico, la palabra en ambas acepciones se hizo vulgar, y en la segunda ha pasado al castellano. San Jerónimo, en la versión del Nuevo Testamento, emplea la voz *substantia* para significar *riquezas*, *herencia*, *bienes terrenos*; y nuestras amas y cocineras llaman así al caldo bien cargado de elementos nutritivos. Véase cómo la barbarie escolástica invade todas las categorías sociales.

Yo acabo de incidir en ella una vez más al decir *categoría*, nombre con que en tomismo se indican los géneros supremos de los seres. Es voz nobilísima, como que antes de ser romana fue griega, propia del grande Aristóteles. Los nombres de las categorías en el lenguaje escolástico no pueden tacharse de bárbaros; si lo afirmáramos de la palabra *cantidad*, quedarían infamadas las matemáticas: *cualidad* y *relación*, *espacio* y *tiempo* son términos de todo idioma literario europeo.

Del adjetivo relativo *quantus* (de *quam*) nació la palabra *quantitas*, *cantidad* como se dijo antiguamente, *cantidad* como se dice ahora. Es sabido que la *u* después de *q* se conserva en la pronunciación de unas voces castellanas venidas del latín, y ha desaparecido en otras. Se dice *cualidad* y *calidad*, *cuasi* y *casi*. No existe el sonido de la *u*, verbigracia, en *catorce*, *quejar*, en el relativo *que*, en el adverbio *como*. Se conserva, por ejemplo, en *cuaresma*, *cuarenta*, *cuatro*, *cuando*, *cuanto*, *cuestión*, *cuota*, etc. En otros vocablos queda también la *u*, pero convertida la *q* en *g*: *agua*, *antiguo*.

Quantus es palabra que se halla en todos los clásicos. *Quantitas* no pertenece al siglo de oro, pero es anterior a las irrupciones bárbaras. Para indicar la extensión lógica de un término, se halla ya en Apuleyo (1).

Para Santo Tomás, la cantidad consiste en la divisibilidad de una sustancia; para otros escolásticos, en el orden de las partes entre sí; para Descartes, en la colocación de éstas en un lugar. En matemáticas, en la susceptibilidad de recibir aumento o disminución. Llámase también, en castellano, *cantidad* una porción o número considerable. “Se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas” (2), dice Cervantes, quien usa también cantidad por número:

(1) *De doc. Plat.* 3.

(2) *Quijote*, II, 26.

“Comenzaron a entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas” (1). En jurisprudencia, *cantidad* indica las cosas que tienen peso, número y medida, separando estos atributos de la sustancia y de la especie (2). En lógica, es el número de objetos que comprenden un término; en prosodia, es el tiempo empleado en pronunciar una sílaba. (En este sentido se dice también *cuantidad*).

Cualidad nace del latín ciceroniano (3) *quálitās*, de *quális*, también clásico puro. Al pasar la voz al castellano, conservando o perdiendo la *u*, tomó dos formas: *cualidad* y *calidad*, no rigurosamente sinónimas.

El relativo *cual* (latín *quális*) mudó de significado al convertirse del latín al castellano. Allá indicaba *cómo* era una cosa, qué atributos poseía; acá señala un objeto entre varios. *¿Qualis est filius tuus?* quiere decir ¿cómo es tu hijo? (inteligente o torpe, virtuoso o vicioso, etc.). *¿Cuál es tu hijo?* significa: Entre estos jóvenes, indícame a tu hijo. Pero *cuál* conserva el sentido latino en frases como ésta: Desgracia *cuales* ocurren a menudo; *¿cuál* quedó al oír la noticia!; tan ignorante *cual* le habíamos conocido, etc.

Cosa semejante acontece al relativo *cuanto* en plural. Con él se traduce el latín *quot* (de donde nuestra *cuota*), que significa número determinado. *¿Quot sunt?* se traduce ¿cuántos son? *¿Quanti sunt?* significa ¿qué tan grandes, tan importantes son?

Del mismo anómalo *latum* del verbo *fero*, *llevar*, nació el participio pasivo *latus*. El compuesto *reffero* hace el participio *relatus*, todas las voces clásicas y de uso frecuentísimo entre los escritores del siglo de oro. *Reffero* significa *llevar por segunda vez, llevar hacia atrás, llevar mutuamente*. De *relatus* nació el sustantivo *relatio* (relación). Significa el acto de volver a escribir sobre la cosa, después de borrar lo que había quedado mal escrito (4); la acción de narrar a los demás un suceso de que uno había tenido noticia (5); ciertos pedimentos y demandas presentadas ante los tribunales (6). Finalmente, del foro pasó la palabra a la filosofía para indicar el accidente por

(1) *Quijote*, II, 38.

(2) Cf. *Ulpiano*, *Paulo*, etc.

(3) I. Acad. c. 6.

(4) *Quint.* c. 3, 1, 10.

(5) *Plin.* I, 7, c. 1.

(6) *Cicerón. In Pison.* c. 13.

el cual una cosa se ordena a otra (1). Los gramáticos apellidan *relación* el orden de ciertos pronombres a otras palabras, y por eso los llaman *relativos*.

Spatium significó en latín el lugar donde se verificaban las carreras (estadio), y los ejercicios mismos que en él se realizaban (2). De allí, por traslación, cualquier lugar, en especial el destinado al paseo (3); el paseo mismo (4); el intervalo de un lugar a otro (5); de un tiempo a otro (6); el transcurso de un año (7). Los escolásticos lo adoptaron para responder a la pregunta *ubi?*, *dónde?*, como sinónimo de lugar, en el sentido aristotélico de término inmóvil que circunscribe los cuerpos. Las significaciones que tiene *espacio* en castellano, en parte comunes con las del latín, pueden verse en el diccionario de la Academia.

Tiempo (*témpus*) significa lo mismo en latín clásico, en lenguaje escolástico y en idioma castellano.

Sitio (del sustantivo *sit-us*) es latín clásico para indicar la disposición del cuerpo en un lugar (8), y ese sentido conserva en lenguaje escolástico, y significa también el lugar mismo (9). En castellano, tiene la segunda de las acepciones dichas; y en Colombia se aplica de preferencia al puesto de las habitaciones. *Quedarse en el sitio* es morir instantáneamente, después de recibir una herida o de padecer un accidente; y *dejar a otro en el sitio* es causarle de súbito la muerte. El sustantivo latino *situs* es afín de la misma forma del verbo *sinere*, dejar, “porque cada cosa está en el puesto en que se la deja” (10). De allí procede el adjetivo *sito*, tan usado en el lenguaje forense: una casa sita en la calle de Los Plateros; y vienen también las palabras *situar* y *situación*.

Sitio, por cerco o bloqueo de una ciudad o plaza fuerte, tiene otro origen: el probable sustantivo *sidium* del bajo latín (11) (recuérdese el clásico *ob-sidium*). Ambas voces nacen de *sed-es*, asiento. Es

(1) *Paulo. In Digest*, I, I, tít. I, ley penúlt.

(2) *Virgilio. Georg.* I, y *Eneida*, 5.

(3) *Cicerón. I. De Leg.* c. 4.

(4) *Cicerón. De Orat.* c. 7.

(5) *César. De bellio gal.* I. 2.

(6) *César.* lib. 6.

(7) *Plin.* I. 7, c. 50.

(8) *Cicerón.* 4. Acad. 19.

(9) *Plinio.* Libro II, capítulo 108.

(10) Véase *Forcellini*.

(11) *Littré.* Diccionario.



curiosa la coincidencia de estar sentado sea una de las especie de *situs*, y que la posición recíproca de los defensores y opugnadores de una fortaleza, sea lo que llaman los escolásticos *sitio relativo*. Igual fenómeno se verifica en lengua francesa, en la que *situs* y *obsidium* se traducen por *siege*; al contrario del italiano, que dice *sede* y *seggio*.

El hábito no hace al monje, y ni títulos de doctor o de académico confieren a un hombre el mérito o la ciencia que a la Providencia no plugo concederle. Consiste en que el *hábito*, en la significación de vestido que tuvo en la edad de oro de la literatura latina (1), es accidente puramente extrínseco que no muda, aunque suele revelar, la naturaleza de la substancia. El Evangelio nos amonesta a precavernos de los lobos con piel de oveja, y a no tener en mucho los sepulcros blanqueados. *Hábito* significó primera calidad constante (2), y por sinécdoque, más tarde, recibió la otra acepción de vestidura. Con uno y otro sentido clásico, conservaron los escolásticos el vocablo. "La justicia, dice Cicerón, es el *hábito* del alma que, sin perjuicio de la utilidad común, da a cada uno lo que es debido" (3). Esta definición, idéntica en el fondo a la de Ulpiano, a la de Santo Tomás, a la del Padre Astete, es familiar a todo colombiano. ¡Lástima que no sepamos practicar la justicia tan bien como sabemos definirla! Por cuanto la cualidad constante, engendra actos homogéneos, *hábito* vino también a llamarse la *costumbre*. Así, con dolor tenemos que confesar que en Bogotá existe el hábito de murmurar del prójimo.

Como sinónimo de indumentaria vive también en castellano, aunque de preferencia para indicar las ropas de las órdenes militares y de las comunidades monásticas. Traen los hábitos caballerescos y religiosos venerandas memorias a la mente del patriota colombiano; porque el manto de Santiago y el de San Juan lucieron sobre los hombros de Solís y Ezpeleta, los más benéficos gobernantes de la Colonia; y el sayal de los frailes mendicantes cubrió a Luis Zapata de Cárdenas y a Cristóbal de Torres, fundadores de nuestra cultura intelectual. El hábito militar y el cenobítico han sido mirados con temeroso recelo: aquél por la morisma musulmana, éste por la incredulidad moderna. En idioma francés el hábito, *habit*, no anda por iglesias y claustros sino en los salones elegantes; y el traje de los monjes se ha llamado *froc*, según Littré, del alto alemán *hroch*, vestido; a

(1) Véase Forcellini.

(2) Cicerón. *Verr.* c. 3.

(3) *Invent.* 2, 53.

juicio de Federico Díez, del latín *floccus*, copo. Quizá si el Padre Jacinto o Monsieur Loyson, como se llamó después, hubiera sido español, no habría apostatado de la fe y el honor, porque es mortal el salto del hábito a la levita; pero acaso él pensó que no mudaba sino una letra al pasar del *froc* al *frac*, como dijo Henri Laserre de Renán, que fue seminarista y clérigo de menores en sus mocedades.

No me detendré en las voces *acción* y *pasión* y sus múltiples acepciones. Es tan obvio su origen, tan frecuente y universal su aplicación en las lenguas modernas, que me dispense de tratar el asunto, tanto más cuanto la prolijidad es madre del fastidio, y el undécimo mandamiento, según dicen los italianos, es *non seccare*.

Todas las categorías de que he tratado, excepto la sustancia, llevan el nombre genérico de *accidentes*, participio presente del verbo *accidere*, caer, suceder, ya sustantivado por Quintiliano (1).

Los escolásticos le ampliaron el significado, para indicar el ser que no reside en sí propio, sino en otro como en sujeto de inhesión. podría multiplicar las citas de autores castellanos, antiguos y modernos que, no sólo en lo filosófico sino en lo familiar, usan la palabra en el significado tomista. Sirve principalmente, de acuerdo con la etimología, para indicar una pasión repentina e inesperada, próspera o adversa, y de preferencia las que alteran la salud. Y como la moda en todo se entromete, parece que hubo un tiempo en que fue de buen tono entre las damas sufrir accidentes reales o imaginarios. Así lo da a entender cierto pasaje de una comedia de Bretón, y contra tan enfadosa moda escribió nuestro Vargas Tejada el sainete titulado *Las convulsiones*.

La frase *per accidens* que uno creería peripato puro, está usada por un escritor latino del siglo iv, Julio Firmier Materno, y existe en castellano, aunque con la significación algo restringida.

Más allá de las islas Filipinas,
Hay una, que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allí un viajero
Llevó *por accidente* un gallinero (2).

(1) *Declamat.* 5.

(2) Tomás de Iriarte, *Fábulas*.

Lo contrario de *per accidens* es *per se*. Esta última frase, y la de formación semejante *a se* son locuciones ciceronianas (1), para indicar la primera lo que cumple un ser por virtud propia; y la segunda, lo que de un sujeto sin ajeno impulso procede. Usan los escolásticos *per se* para significar lo que dimana de la esencia y es conforme con ella; y *a se*, para el atributo por el cual Dios es la razón de su propia existencia. De estas dos palabras *a se* formaron el sustantivo abstracto *aseidad*. Aquí, por fin, tenemos un caso auténtico de barbarie. Aquello de tomar una preposición con su término, juntarlos y añadirles una terminación es cosa digna de Atila. Santo Tomás merece ser gramaticalmente lapidado. Enhorabuena, pero ¿quién le arrojará la primera piedra? Yo no, porque en mis lecciones de teología explico el misterio de la *transubstanciación*; no los jurisconsultos que hablan de *extraterritorialidad*; no los médicos, que previenen la *intoxicación*; ni aun los gramáticos, que difunden la palabra *abarrancamiento*; ni el mismísimo Cervantes, si resucitara, porque él usó el vocablo *innumerabilidad* (2).

A semejanza de *per se* y *per accidens*, hay, en el vocabulario de la Escuela, otras frases para distinguir los varios sentidos de una palabra en la oración. Los más usados son *simpliciter* y *secundum quid*. *Simpliciter* se predica un atributo de un ser, cuando le corresponde a la totalidad del sujeto, sin añadirle ni quitarle cosa alguna. El alma humana es racional, *simpliciter*. En el caso contrario se predica el atributo *secundum quid*. El etíope es blanco *secundum quid*: en la dentadura, o si está vestido de blanco.

El adverbio *simpliciter* proviene de *simpl-icis*, genitivo de *simplex*, *simple*, *sencillo*. El sentido en que lo usa Cicerón en el pasaje siguiente, es exactamente igual al escolástico: "*Exponere aliquid simpliciter, sine ulla exornatione*" (3).

La palabra *secundum*, como preposición tiene en latín clásico muchos y varios sentidos: *cerca*, *después*, *en favor de*, etc. Y significa también *conforme a*, *según*, palabra esta última derivada de *secundum*. Rige nombre de persona: *Secundum eos*, dice Suetonio (4); *secundum Lucam*, decimos en el evangelio de la misa; y también nom-

- (1) Cicerón. *De unit.* cap. 6.
- (2) Quijote. *Prólogo*.
- (3) 2 *De Invent.* c. 3.
- (4) *In Claud.* c. xv.

bre de cosa: *secundum naturam* (1); *secundum Caesaris decreta* (2), escribe Cicerón.

Si, de un modo abstracto, se afirma que una cosa existe según otra indeterminada, se dirá correctamente *secundum aliquid*, o *secundum quid*.

De la misma manera que *simpliciter*, usan los escolásticos otros varios adverbios de modo para distinguir los diferentes sentidos del vocablo o de la proposición. Tales fórmulas, que existen en toda ciencia, ahorran largas explicaciones, evitan ambigüedades, hacen firme y adamantino el idioma filosófico. Muchos de tales adverbios son rigurosamente clásicos, como *absolute* (3), *denominative* (4), *directe* (5), *efficienter* (6), *indiferenter* (7), *materialiter* (8), *moraliter* (9); otros están formados, agregando a la raíz del nombre o al verbo las terminaciones *e* o *ter*, que equivalen al *mente* en castellano. Sábese la libertad que hay en toda lengua indo-europea para formar adverbios de modo, de tal suerte que los diccionarios excusan incluir las palabras inglesas terminadas en *ly*, y las castellanas e italianas en *mente*, y las francesas en *ment*. Lo propio sucede en latín. Algunos adverbios, como *essentialiter* ya están en San Agustín (10); otros formándose más tarde; tales *actualiter*, *adaequate*, *completive*, *dispositive*, *externe*, *formaliter*, *objective*, *reduplicative*, *reflexe*, *virtualiter*.

A semejanza de *aseitas*, de que tratamos arriba, hay otros nombres abstractos muy bien compuestos y derivados por los escolásticos: ejemplos, *alietas* (de *ali-ud*, como *varietas* de *vari um*), *causalitas* (de *causa*), *quidditas* (de *quid*), *haeccitas de haec*.

Atributo de todo cuanto existe es la *unidad*.

Los escolásticos llaman con este nombre la indivisión de un ser (*unitas*, de *unus*). Si se considera en el ente mismo, sin relación a otro, la *unidad* es *trascendental*; si como medida de la cantidad, es

- (1) *De senect.* c. xix.
- (2) *Epist. ad Planc.*
- (3) Cicerón. *In Top.* c. 8.
- (4) Marc. cap. 1. 4.
- (5) 4 Acad. c. 20.
- (6) Cicerón. *De fato.* c. 15.
- (7) Quintil. l. II, c. 3.
- (8) Sidon. l. 8, c. II.
- (9) Donat. *ad Terent.*
- (10) *De Trinit.* l. 7, c. 2.

unidad numérica. Las voces *unus*, *unitas* son familiares a todos los clásicos del siglo de oro (1).

Lo contrario de la unidad es la *distinción*. (*Distinctio, distinctus*). Este *distinto* es participio de *distinguo*, que se compone, según unos, de *dis* y *tinguo*, forma anticuada de *tingo*, teñir. Así, *distinguir*, dice Forcellini, sería discriminar por medio de la pintura y los colores. El mismo autor trae otra etimología más probable, y que es la adoptada por Littré: *di*, partícula inseparable, y *stinguo*, primitivamente *picar*, es decir, discriminar una cosa de otra por medio de puntos o piquetes, como se hace con los recibos y letras de cambio para separarlas de los talones. Del citado verbo latino se derivan también *stigma*, *instigare*, *stimulus*.

Distinto, en todo caso, envuelve la idea de discriminación, división, y por consiguiente, multiplicidad. Los clásicos latinos lo usan, como nos acontece en castellano, para indicar lo *desemejante*, lo *diferente* y lo *diverso* (2). En filosofía escolástica se ha reservado para significar simplemente que un ente no es otro. Las personas de la Santísima Trinidad son *distintas*, no desiguales, no diferentes.

La conveniencia de un individuo consigo mismo y la comunidad con otros en especie o género, se llama *identidad*, de *idem*, *el mismo*. La palabra *identitas* no es clásica, pero sí muy bien formada, a semejanza de *facillitas*, *claritas*. De *idem* debió salir *idemitas*: talvez influyó en la forma adoptada el adverbio *identidem*, que significa de cuando en cuando.

Semejantes, de *semejar* (latín *simil-are*), se dice de dos o más seres que tienen una *cualidad* común, en uno mismo o en diverso grado. Así emplea Cicerón el adjetivo *similis*. Y así lo usa Cervantes: "De esta otra parte se levanta asimismo otra *semejante* polvareda" (3).

Un cuerpo es *igual* a otro cuando entrambos tienen una misma cantidad, un mismo peso. (*Aequalis*, de *aequus*, *unido*, *justo*). Por metáfora pasó a indicar que varios seres gozan de un atributo común en un mismo grado. Tal aparece en los clásicos latinos (4) y en los castellanos: "Me trata como si fuera su *igual*, que *igual* la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha" (5).

(1) Consúltense *Forcellini*, *Freund*.

(2) Cicerón. *In. Orat.* c. 16.

(3) *Quijote*. Part. I, c. 18.

(4) Cicerón. *De Orat.* c. 56.

(5) *Quijote*. Part. 2, c. 50.

De diferente ya traté arriba.

Diversos, en filosofía escolástica, son dos seres que no sólo no convienen en especie, pero ni siquiera en género, como el astro y el hombre, la universidad y el colegio. *Diversus* (de *vertere*, *volver*) quiere decir *vuelto hacia otro lado*. Como lo emplean los filósofos de la Edad Media lo usaron los escritores latinos del siglo de oro (1). "Muchas y *diversas* aventuras", dice Cervantes (2).

Huelga observar que, fuera del dialecto filosófico, en el lenguaje literario y en el vulgar, tanto en latín como en romance, las voces *distinto*, *desemejante*, *diferente*, y *diverso* se toman unas por otras.

Toda ciencia versa acerca de lo universal; y el conocimiento del individuo aislado, sin relación con los demás, es mero empirismo. La fecunda inducción, a que somos deudores de todos los descubrimientos modernos, es precisamente el arte de ascender de lo singular a lo universal, del fenómeno a la ley. Cuanto una idea es más universal, es también más abstracta. Pedro es más concreto que hombre, hombre que animal, animal que sustancia. Por sobre todo concepto está la noción de *ser*, que a todos abarca, pero no tiene razón de género, por cuanto no se dice unívocamente de todas las cosas. El verbo *ser* se sustantiva; y la Edad Media, del participio de presente activo, formó el vocablo ente (*ens-entis*). Enseña Bopp (3) cómo el verbo sustantivo tiene participio de presente en varias lenguas indo-europeas; y cómo la forma latina, en los compuestos *prae-sens*, *absens*, se acomoda mejor a la etimología que las inflexiones sánscritas y griegas.

En francés, se sustantiva el infinitivo *être*; y un *être* corresponde al *ens* latino. Nosotros decimos el *ser* y el *ente*. Por un tropo muy curioso, el vulgo, al percibir en confuso que el vocablo aquél excluye determinados atributos, le ha puesto el nombre de ente al hijo de Eva que no tiene el uso de las potencias intelectuales, y apenas si goza de las sensitivas; y *está hecho un ente* se afirma del que se halla memo, alelado, y más si a la flaqueza del espíritu corresponde la del cuerpo. En Castilla, según reza el Diccionario de la Academia, *ente* es sujeto ridículo, o que en su modo y porte se hace reparable. Siempre la idea de privación, porque toda persona que se singulariza de propósito da muestra de no tener cabales las facultades de su alma.

(1) Cicerón. I. *De Invent.* c. 33.

(2) *Quijote*. p. I, c. 8.

(3) Bopp. *Grammaire comparée des langues indo-européennes*. § 781.

La baja latinidad.—Estilo de Santo Tomás.—Modernos detractores. Lo que pensó Erasmo.—Zenit y ocaso.—Ergotismo.—Los últimos fulgores.—Resurrección.—Balmes.—E pur...—Escuela de Lovaina. El Cardenal Mercier.

En boca de consumados latinistas, acaso la queja contra la barbarie escolástica se refiera no tanto a los términos científicos cuanto a la baja latinidad en que los doctores de la Edad Media escribieron sus obras. Cuando sobrevinieron las irrupciones bárbaras, ya la lengua del Lacio estaba en decadencia y el purísimo idioma de la edad de oro había desaparecido de los labios y de los estilos romanos. Los conquistadores defendieron con brío su religión y su idioma, y lograron imponérselos a sus vencedores. Pero el lenguaje, al pasar por las rudas bocas de hunos, vándalos y godos, acabó de opacarse; ayudaron a ellos las recién nacidas lenguas modernas que se iban hablando al lado de la antigua, y la modificó aún más la necesidad imperiosa de nombrar ideas, creencias, leyes, costumbres, armas y muebles desconocidos antes. Con todo, aquel latín prestó a la humana cultura inapreciables servicios, porque fue el idioma universal de los letrados, el de la filosofía, el de la diplomacia, el de la jurisprudencia. Gracias a él las obras escritas en toda Europa corrían de nación a nación sin necesidad de traductores; el maestro que ayer había enseñado en Bolonia dictaba hoy lecciones en París, mañana las repetiría en Oxford. Lo que pretenden en vano el volapuk y el esperanto lo realizó la baja latinidad sin artificio ni violencia.

Aquella habla no era clásica, pero tampoco un dialecto, menos una jerigonza; siempre la lengua de Roma, empañada, pero no destruída; y mejor alumbra el sol oculto tras espeso nublado que la luna en clara noche tropical. Y aquel latín se prestaba a la expresión de la belleza; con San Bernardo se elevó al ápice de la elocuencia; con Taulero, Gersón y San Buenaventura, produjo místicas elaciones, a penas igualadas por Santa Teresa y San Juan de la Cruz; y con los poetas franciscanos se tradujo en las tiernas estrofas del *Stabat Mater* y en las sublimes del *Dies irae*. También los artistas extremados del Renacimiento calificaron de bárbara la arquitectura cristiana y le pusieron por afrenta el dictado de gótica. No tengo empacho en declararme admirador de la barbarie que produjo las catedrales de Burgos y Colonia, la abadía de Westminster, el duomo de Milán.

En esa lengua de que he venido hablando escribió Santo Tomás de Aquino, ni podía valerse de otra si quería propagar su doctrina, hacerse entender del mundo entero. Tres son las dotes que forman al perfecto escritor: los pensamientos, el estilo, el lenguaje. El pensamiento del Doctor Angélico es el más alto que haya concebido mente humana. Su estilo es un asombro; sería perfecto si perfección sin tacha cupiera en las obras humanas. Tiene, en las obras puramente didácticas, como los *Comentarios al Maestro de las Sentencias*, las dos *Summas*, los *Quodlibetos*, las *Cuestiones disputadas*, la rigurosa exactitud de los términos, el orden perfecto y la templanza en la dicción, que excluye la avaricia, fuente de oscuridad, y el derroche, origen de enfadosa difusión. En los escritos de otro género, cartas, opúsculos, sermones, el estilo es, a juicio de Lacordaire, comparable a uno de aquellos lagos de los Alpes que se dejan rizar por la mansa brisa, transparentan las arenas del fondo y copian los paisajes de las riberas. Entre los filósofos modernos no conozco sino a nuestro gran Balmes que imite, aunque de lejos, la diafanidad del estilo de Santo Tomás.

Duéleme que los escritores que entre nosotros vociferan contra el peripato, su atraso y su barbarie, no sean los insignes latinistas, los filólogos de cepa, sino personas por otra parte doctas, pero que no conocen la lengua latina, y para quienes una página de César y otra de Escoto son igualmente indescifrables. ¿Quién prohíbe, ya que los vocablos técnicos de la filosofía tomista son irreprochables, que escriban los filósofos sus obras en el latín magnífico del siglo virgiliano? El ejemplo está dado por el dominico Melchor Cano, gloria de España, lumbré del Concilio de Trento, varón de quien se dijo que “pensaba como Santo Tomás y escribía como Cicerón”; está dado por el Papa León XIII, el primer poeta y prosador latino del siglo XIX, que en sus encíclicas unas veces recuerda la diáfana narración de César, otras la nobleza de Salustio; ora desarrolla el pensamiento en los inmensos períodos de Marco Tulio, ora en las frases breves, cortantes, con que Tácito fustigaba a los tiranos del pueblo, a los que lo oprimían desde arriba y a los que lo adulaban desde abajo.

Mejor que los testimonios aducidos antes servirá a mi propósito la opinión de Erasmo, talento de primer orden, humanista insigne, delicioso escritor en quien muchos personifican las glorias del Renacimiento. De todo tuvo, menos de escolástico, y en materias de fe no



quedó exento de errores y peligrosas veleidades. Las palabras del sabio holandés serán la mejor comprobación de lo que he ensayado demostrar, con mejor intención que talento:

“Es marailla, escribe a los renacientes italianos, cómo rebajáis a los Santos Padres de la Iglesia, a los grandes escritores de la Edad Media, a Santo Tomás, a Escoto, a Durando y demás. No hallais palabras con qué denunciar su *barbarie*, y sin embargo, considerando el caso con sangre fría, esos grandes hombres que no hacen alarde de ser elocuentes y ciceronianos, son más ciceronianos que todos vosotros juntos” (1).

Basta esta confesión para justificar al gran doctor que “se sienta hace seis siglos en la cátedra de la sabiduría, sin que la Providencia le haya dado hasta ahora, ni sucesor, ni rival” (2).

Pasado el siglo grande en que esplendieron Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás y Escoto, la filosofía cayó, por ley natural, en decadencia. Los ingenios soberanos no nacen al mundo sino de siglo en siglo; los precitados maestros habían agotado el saber de su época, y llegaron en pos de ellos los comentadores y parafrastes. Mas, como no hay autor de talento que no ansíe por traer algún elemento nuevo al acervo científico, vino lo sutil a reemplazar a lo profundo, lo extravagante a lo original, lo inoficioso a lo útil. Aquellos maestros insignes del siglo XIII habían empleado, a guisa de instrumento principal, el raciocinio deductivo: como principal, no como único. El método de Santo Tomás es analítico sintético; parte siempre de la observación y la experiencia, se eleva de lo singular sensible a lo universal inteligible, y vuelve a descender a lo particular para aplicarle las leyes generales. Tanto es así, que los idealistas extremados, los seguidores de Descartes, digamos, le han acusado de tendencias sensualistas. El grande Alberto, mastro del Aquinate, ya descubrió en punto a ciencias físicas y valiéndose de la inducción aristotélica, muchas verdades que hoy nos hacen sonreír por triviales, pero sin cuya invención no estaríamos en el grado de adelanto que nos ufana. El hijo de San Francisco, fray Rogerio Bacon, sirvió de base a otro Bacon, canciller de Inglaterra, justamente alabado como sabio, y, no sé si con razón o sin ella, puesto en picota de infamia como hombre y como político por su compatriota Macaulay.

(1) Cita de Pidal y Mon, en *La Ciencia española* de Menéndez y Pelayo.

(2) Lacordaire, discurso citado.

Pues aquel silogismo deductivo a que se reducen por análisis los argumentos tomistas, se convirtió en los siglos XIV y XV en síntesis del saber. El andamio sustituyó al edificio, las piezas disecadas del cadáver reemplazaron al hombre. El *atqui* y el *ergo*, engarce de los argumentos, pero no empleados sino con suma parsimonia por el maestro de Aquino, se tornaron forma predilecta del pensamiento humano. A tal abuso se le dio el nombre de *ergotismo*. Para los que estudian en autores no de segunda mano sino de octava o novena, *ergotismo*, *peripato*, *escolástico*, *tomismo* y hasta *cristianismo* en filosofía sueñan como vocablos sinónimos. Ningún estudiante del Colegio del Rosario incurre en semejante confusión.

Cansado estaba el género humano con aquella filosofía modernista y decadente, cuando los griegos, venidos de Constantinopla, trajeron a Italia, y tradujeron y comentaron las obras de Platón, el divino. La reacción fue avasalladora, pero excesiva. Aristóteles, que había ocupado el primer lugar, pasó al segundo. Se descubrió la imprenta, se encontró la brújula, se halló la América, se dobló el cabo de Buena Esperanza; nació la química, se puso ante los ojos el telescopio, murió el feudalismo, alborearon las legítimas libertades civiles. Un Santo Tomás, un Rogerio Bacon habrían encabezado y dirigido el movimiento; sus discípulos, con gran talento pero sin la lumbré propia del genio, no alcanzaron a tanto. La Escolástica estaba predestinada a fenecer, mejor dicho, a un sueño de tres siglos. Mas el sol nunca produce tan mágicos efectos, jamás ostenta su potencia soberana como al ocultarse en occidente. Sabe que no muere, sino para levantarse horas después en oriente, no coloreando el horizonte de sanguinolentos resplandores, sino con los suaves y rosados matices de la aurora.

Al dormirse, la filosofía escolástica tiñó el celaje del poniente con los más vívidos colores. Los pintores mágicos fueron los unos, discípulos y compañeros de hábito de Santo Tomás, como Francisco Victoria y Domingo de Soto; otros de una Compañía novísima, fundada por un capitán español, guipuzcoano, del ejército del César Carlos V, que se llamaba Iñigo de Loyola.

El precitado dominico Soto enseñó en Salamanca y tuvo, entre sus centenares de oyentes, un frailecico, natural de Burgos, de ingenua prosapia, llamado Fray Cristóbal de Torres.

Los hijos del bravo capitán de Loyola obedecieron el mandato de su general de que tuviesen a Santo Tomás por principal guía y maes-

tro en sus estudios; e interpretando rectamente el espíritu del Doctor de Aquino, se acomodaron a sus enseñanzas, en lo que no era la verdad revelada, conforme a los dictados de la razón de cada uno. Por eso, el Padre Zeferino González ha definido el tomismo *racionalismo cristiano*. Ampliaron la doctrina escolástica con el procedimiento histórico, tan fecundo, tan sabio. Entre ellos obtuvo la palma Francisco Suárez, que se apartó en muchos puntos de Santo Tomás, por lo mismo que era discípulo suyo. No sigo en parte las doctrinas del *Eximio*, pero ante su genio y santidad me inclino reverente.

Después invadió el mundo el racionalismo, fruto de la doctrina cartesiana —no previsto por su fundador— y el tomismo... Iba a decir murió, iba a decirse se durmió, repitiendo malamente frases proferidas antes, sin acordarme de la setnencia de Fray Luis de León, de que "remudar vocablo es limpieza". El tomismo no era una hoguera apagada; bajo las cenizas, tan altas como el Chimborazo, se ocultaba una chispa, mantenida por los frailes Predicadores, que decían, como afirman que dijo, y en realidad no dijo, Galileo: *E pur...*

Un presbítero español, don Jaime Balmes, tuvo, a principios del siglo XIX, el valor de estudiar a Santo Tomás, el talento de entenderlo, la sinceridad de aceptarlo y divulgarlo. Se parecía al santo en la pureza del alma, en el vigor del entendimiento, en la claridad del estilo. Es tomista en el fondo, cartesiano en algunos pormenores, *balmesiano* en muchas doctrinas. Le debo mi iniciación en las filosóficas disciplinas, le admiro, más aún, le quiero entrañablemente. No lo sigo en todo; pero esa es culpa suya, porque él me enseñó a tener criterio propio. Al gran Papa Pío IX corresponde el honor de haber resucitado el tomismo: él autorizó la fundación, en Roma, de una Academia para divulgar las doctrinas del Angélico Doctor. Aquel primer esfuerzo no tuvo eco universal, y tocó a León XIII, como antes dije, el paso definitivo para el renacimiento de la filosofía cristiana.

Se levantó ella a nueva juventud, sin las estrecheces de la escolástica decadente, se dio cordial abrazo con las ciencias modernas y ha alcanzado su apogeo en la Universidad Católica de Lovaina, fundada y dirigida por el doctísimo Cardenal Mercier.

De la escuela tomista puede uno ser discípulo, aun sin grandes talentos, sin señalados méritos. Se ha llamado a Santo Tomás *sol de los doctores*. El astro del día envía luz y calor sobre sabios y rudos, sobre buenos y malos, ilumina y vivifica al hombre y no niega igual merced al insectillo que se arrastra en el polvo.

R. M. CARRASQUILLA

OBRAS CONSULTADAS

- SANCTI THOMAE AQUINATIS.—*Opera omnia*.
 P. JUAN MARIA CORNOLDI.—*Lecciones de Filosofía Escolástica*.—Versión de Palau y Huguet. Barcelona, 1878.
 ZEFERINO GONZALEZ.—*Historia de la Filosofía*. Madrid, 1886.
 P. VALLET.—*Praelectiones philosophicae*. París, 1884.
 LEONIS XIII.—*Encyclica Aeterni Patris* Roma, 1879.
 NUNCIO SIGNORIELLO.—*Lexicon peripateticum*. Nápoles, 1881.
 SANCHEZ DE TOCA.—*Religión y política*. Madrid, 1880.
 FRANCISCO M. RENGIFO.—*Santo Tomás ante la ciencia moderna*.—REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO. Bogotá, 1906.
 F. L. PERRIER.—*The revival of Scholastic philosophy*. Nueva York, 1909.
 JULIAN RESTREPO HERNANDEZ.—*Lecciones de lógica*. Bogotá, 1907.
 A. D. SERTILLANGES.—*Saint Thomas d'Aquin*. París, 1910.
 MENENDEZ Y PELAYO.—*La ciencia española*. Madrid, 1879.
 T. B. MACAULAY.—*Essays critical and miscellaneus*. Nueva York, 1878.
 LACORDAIRE.—*Oeuvres*. París, 1872.
 RICARDO CARRASQUILLA.—*Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*. Bogotá, 1880.

* * *

- FRANÇOIS BOPP.—*Grammaire comparée des langues indo-européennes*.—Traduction de Michel de Bréal. París, 1889.
 FREDERIC DIEZ.—*Grammaire des langues romaines*. París, 1874.
 AEGIDIUS FORCELLINI.—*Lexicon totius latinitatis*.—Padua, 1805.
 GUILL. FREUND.—*Grand Dictionnaire de la langue latine*. Traduit par N. Therl. París, 1882.
 JULIO CEJADOR Y FRAUCA.—*La lengua de Cervantes*.—*Gramática y Diccionario*. Madrid, 1906.
La Divina Commedia di Dante Alighieri, dal Proff. Luigi Polacco. Milán, 1909. *Colección de autores españoles*.—M. Rivadeneira, impresor. Madrid.
 M. NISARD.—*Collection des auteurs latins*. París.
 E. LITRE.—*Dictionnaire de la langue française*. París, 1877.
Diccionario de la Real Academia Española.